

VI CUMBRE DE JEFAS Y JEFES DE ESTADO Y DE GOBIERNO DE LA COMUNIDAD DE ESTADOS LATINOAMERICANOS Y CARIBEÑOS

Ciudad de México, septiembre 18 / 2021



Señor Andrés Manuel López Obrador, presidente de los Estados Unidos Mexicanos; señores y señoras jefes y jefas de Estado y presidentes de gobierno presentes; señores presidentes de delegaciones a esta sesión de la CELAC; señora (Alicia Bárcena) secretaria ejecutiva de la Cepal:

Qué grato es dirigirme a ustedes, representantes de países hermanos, por primera vez desde que presté juramento como presidente del Ecuador.

En primer lugar, quiero extender mi agradecimiento a nuestro país anfitrión, y expresarle la solidaridad por el terremoto que recientemente afectó a parte del territorio mexicano.

Señor presidente, todos los latinoamericanos reconocemos su incansable dedicación a la causa del continente. Es gracias a su pasión que hoy podemos reunirnos alrededor de intereses comunes. Y replantearnos con nuevas esperanzas la integración de América Latina. Creo que hablo por todos los presentes cuando digo: gracias por su liderazgo.

Como les decía, es esta la primera oportunidad que tengo de dirigirme a un foro de esta naturaleza. Pero incluso desde antes de ocupar la presidencia de mi país, he seguido atentamente las defensas que aquí se han hecho de nuestra integración.

He escuchado apasionados alegatos, a favor de que la CELAC se convierta en un bloque de peso relevante en el concierto internacional. Voces calificadas, ponen a la Unión Europea como ejemplo de la influencia que pudiéramos alcanzar, si tan sólo estuviéramos más unidos.

Como base para tan ambiciosos objetivos, se suele destacar los vínculos que nos unen: nuestra historia, cultura, nuestra lengua, nuestra religión, o el simple hecho de que muchos países compartimos los mismos héroes fundacionales.

Es natural que, disponiendo de todas estas ventajas, nos hagamos los siguientes cuestionamientos: ¿Por qué no hay una mayor integración

latinoamericana y del Caribe? ¿Qué nos ha mantenido distantes? ¿Qué debemos hacer para profundizarla?

Comprendo que estas son preguntas dignas de tesis o de libros de historia. Cada quien encontrará su respuesta. Sin embargo, hoy yo quisiera aprovechar mi intervención para esbozar una respuesta, que pueda contribuir a ejecutar una integración más profunda para todos.

Porque, créanme cuando les digo –respetables excelencias– que yo también estoy absolutamente comprometido con la integración latinoamericana. Mucho más de lo que ustedes pudieran imaginar. La única y sutil diferencia, es que yo busco una integración que vaya más allá de los esfuerzos que tradicionalmente se han hecho en esta materia.

Quisiera una integración que trascienda organismos y eventos como estos, que si bien son muy necesarios, suelen ser acontecimientos cuyos beneficios apenas son conocidos por nuestros ciudadanos. Y es que, en el fondo, poco importa que nos reunamos aquí entre presidentes; lo que realmente nos debería importar, es que sean nuestros ciudadanos quienes estrechen verdaderos lazos de beneficio y provecho mutuo.

Me refiero a lazos que construyan prosperidad real; que se sientan en sus bolsillos, en sus mesas, y en sus platos de comida. En este punto, quisiera recuperar el caso que se suele tomar como modelo de lo que

pudiéramos ser: la Unión Europea. Me parece absolutamente loable la intención de que alcancemos semejante nivel de integración.

Sin embargo, a veces siento que se omite un detalle crucial. Y es que, después de la destrucción que asoló al viejo continente en la Segunda Guerra Mundial, los europeos optaron por unirse no solamente a través de declaraciones políticas. Ellos aprendieron muy bien las lecciones de la guerra.

Sus líderes buscaron la mejor manera para lograr que holandeses, italianos, alemanes, españoles, en fin, pueblos aparentemente disímiles, sientan que era posible construir un futuro compartido. Y dieron con una solución brillante, como suele ser todo lo que nace del sentido común: a través de los lazos económicos.

Era una idea muy sencilla, pero muy poderosa también: la prosperidad compartida crea un sentido de responsabilidad compartida.

Si tenemos un interés comercial con un vecino, entonces nos importa lo que le pase a ese vecino. Queremos que le vaya bien. Queremos proteger la relación. Si nos va bien con él, entonces seguramente vamos a querer venderle más cosas, u obtener de él mejores productos, servicios e inversión. Por ello, crearon una gran unidad aduanera.

De hecho, la primera versión de lo que hoy conocemos como la Unión Europea, se denominó “Comunidad Económica Europea”. Uniendo los

intereses de sus ciudadanos en relaciones económicas reales, estables y sobre todo duraderas, crearon prosperidad común. Y esto les permitió construir las instituciones europeas que hoy conocemos.

Es decir, su integración fue primero económica, y luego política. No trabajaron de arriba hacia abajo, sino de abajo hacia arriba. Primero los ciudadanos, después los gobiernos. Así construyeron la envidiable influencia de la que hoy gozan como bloque.

Eso es –señores presidentes– lo que yo considero verdadera integración. Que sintamos los desafíos ajenos tan nuestros como propios. Que sintamos que nuestro trabajo en conjunto, construye el futuro compartido de todos.

En el caso del Ecuador, para mí resulta sorprendente que el gobierno que precedió al mío, quien tanto habló de integración regional y de la “Patria Grande”, ni siquiera haya hecho el intento de firmar un tratado de libre comercio con el país que hoy nos acoge con calidez, un mercado potencial de más de 120 millones de personas.

Tampoco quisieron ingresar a la Alianza del Pacífico, quizás la iniciativa de integración regional más exitosa de los últimos tiempos.

Tenemos acuerdos de libre comercio con la Unión Europea pero no con Latinoamérica, quitando las honrosas excepciones de la Comunidad Andina.

¿Cómo queremos ser influyentes en el mundo, si entre nosotros mismos no potenciamos todas nuestras fortalezas?

El mundo no nos va a escuchar porque tenemos un idioma común. El mundo nos va a escuchar cuando tengamos grandes mercados comunes, donde crezca nuestra riqueza.

Cuando un ciudadano de Guayaquil pueda venderle libremente cacao a otro ciudadano de El Salvador, o cuando un floricultor de Quito pueda hacer fortuna vendiendo flores aquí en México, y viceversa... entonces el mundo nos va a escuchar.

Cuando el mundo sienta rugir los motores de nuestra creatividad; cuando se dé cuenta de que estamos sacando verdadero provecho de todas nuestras fortalezas culturales... entonces nos va a escuchar.

La voz de nuestro crecimiento económico hablará con más elocuencia y poder, que cualquier declaración conjunta que hagamos aquí hoy. “Más Ecuador en el mundo, y más mundo en el Ecuador”, es el lema que guía nuestra política internacional. Y en la vacunación ya ha dado resultados.

Al iniciar nuestro mandato, hace escasos 115 ó 120 días, heredamos un porcentaje de población vacunada equivalente al 4% del total. Hoy, poco más de cien días después, hemos alcanzado cerca del 55% de la

población, más de la mitad. Y, de acuerdo con estadísticas de la CEPAL, al 81% de la población mayor de 18 años.

No lo traigo a colación para sacar pecho como gobierno. Lo digo porque esto no ha sido solamente un éxito de nuestra gestión estatal, sino también de la diplomacia mundial. Un éxito de la cooperación con China, con Rusia, con Estados Unidos, y algunos países de la Unión Europea.

Esto demuestra lo que sucede cuando hablamos y cooperamos sin fijarnos en un club ideológico, o en la etiqueta partidista. Eso es lo que les propongo hoy. Simplemente hacer lo que conviene a nuestros ciudadanos.

Si queremos tener peso mundial –excelencias–, debemos darle peso a nuestras economías. Y la vía para eso todos sabemos en dónde está: en la liberación del potencial creativo de nuestros países.

Repito: todo nuestro pasado común no servirá de nada, si no tenemos un futuro común. Y ese futuro común solo se construye a través de la libertad de nuestros ciudadanos, para abrir nuevos mercados, para comerciar, soñar y crecer juntos en una plena democracia, en libertad, donde existan elecciones transparentes sin ninguna duda, donde se respete la libertad de expresión, donde se respeten los derechos humanos y las libertades políticas de los opositores a nuestros gobiernos.

Finalizo esta intervención con un llamado a todos quienes quieran construir ese nuevo futuro, en libertad. Unamos nuestro destino a través de una verdadera integración de abajo hacia arriba. Una integración que ponga primero –y ante todo– a los ciudadanos de Latinoamérica y el Caribe.

Muchas gracias, señor presidente y estimadas excelencias.

GUILLERMO LASSO MENDOZA

Presidente Constitucional de la República del Ecuador